

EL ACOGIMIENTO LE HA DADO A ARANCHA LA OPORTUNIDAD DE VIVIR EN FAMILIA

COMO HIJA PROPIA



"CUANDO TE CASES, VAS A TENER QUE ALQUILAR DOS RESTAURANTES PARA INVITAR A TODA TU FAMILIA", BROMEAN SUS AMIGAS. HAY TRES MUJERES A LAS QUE ARANCHA LLAMA MADRE: LA SUYA PROPIA, QUE LE VIÓ NACER, Y DOS MÁS QUE, EN DIFERENTES MOMENTOS DE SU VIDA, LE ACOGIERON EN SUS CASAS Y QUE LE DIERON LA OPORTUNIDAD DE CRECER EN UNA FAMILIA.

Está acostumbrada a que le hagan preguntas. No se incomoda, ni mira el reloj una sola vez. Tenía poco más de tres años cuando la internaron en un centro de Aldeas Infantiles y, desde entonces, ha tenido que contar decenas de veces a desconocidos cómo es su vida. De alguna forma, ha ido construyendo su propia historia a fuerza de repetirla. Poco a poco, esa historia va tomando forma, se fortalece, permitiendo a su protagonista tomar las riendas de su propia vida.

Repasando sus 21 años, Aránzazu Freire Erguido ha aprendido a quedarse con lo bueno. Por ejemplo, a su abuelo materno no le conoció, pero le recuerda con afecto porque le dejó un bien preciado, ya que se empeñó en que la niña que estaba a punto de nacer se llamara Aránzazu, y no Santiago, como había pensado en un principio la familia. Dice que de su madre biológica, ya fallecida, heredaron los hermanos un carácter sensible y fuerte, y también la misma sonrisa. Quiere recordar esos días en los que estar con sus padres era "lo mejor del mundo", en lugar de lamentar el tiempo que la enfermedad que padecían robó a la familia, a ella y a sus cuatro hermanos, a tres de los cuales –que fueron adoptados– perdió la pista durante años. Ella, junto con Jonathan, mantuvo sus apellidos y, durante algún tiempo, la esperanza de regresar con sus padres biológicos, una vez que éstos lograran superar sus problemas. "Me hablaron del tema de la adopción de pequeña, y preferí el acogimiento, aunque tal vez en otros casos no sea lo mejor. No me hubiera gustado cambiar de apellidos porque yo tengo a mis padres, aunque estén cada uno en su mundo", afirma.

Desde los 3 a los 14 años, Arancha y su hermano vivieron con Begoña, una de las "madres" de Aldeas Infantiles,



“COMENZÓ A APRENDER QUE TENÍA EL DEBER Y EL DERECHO DE DARSE UNA OPORTUNIDAD Y ESCOGER UN CAMINO PROPIO”

mujeres que cuidan y conviven temporalmente con niños a los que sus padres biológicos no pueden atender. También pasaron por aquella casa, asentada primero en Madrid y luego en Benidorm, otros jóvenes en acogimiento, que Arancha llama "hermanos" y "primos", porque son también parte de su familia. Begoña fue su segunda madre, "madre en todo, porque me cuidó de pequeña y me vio crecer. Pero con 14 años yo era muy rebelde, le contestaba de malas maneras –que a mí eso se me ha dado siempre muy bien– y acabé marchándome". Estuvo unos meses con su abuela paterna, para después volver a ingresar en una residencia juvenil, esta vez en su ciudad natal, Segovia.

El tiempo que pasó en el centro fue, en su opinión, muy valioso. Aunque en el primer acogimiento había tenido una madre que la protegía, para un menor no es fácil aceptar esa situación. "A veces los niños son crueles, y te preguntaban que cómo era que no llevabas los mismos apellidos que tu madre, o que dónde estaba tu padre. Iba a las casas de amigas y veía a sus padres muy felices, y quería que mis padres fueran igual. Pensabas: es verdad, yo no tengo a mis padres, debo ser lo peor, y me sentía inferior y, de alguna manera, culpable". En la residencia, comprobó que no era la única que tenía ese problema. También, comenzó a comprender que tenía el deber y el derecho de darse una oportunidad, que su vida era diferente de la de sus padres y que tenía que seguir un camino diferente y propio. "Hay muchísima gente que ha sido importante en mi vida", dice, y recuerda a un educador, Rodri, que le regaló una libreta y le animó a que apuntara sus cosas buenas y malas. Al final, comprobó que las primeras, las buenas, eran muchas más, y que tenía que Arancha no era "lo peor", sino que era una persona por la que merecía la pena apostar.

Con 17 años, apenas un año antes de su mayoría de edad y de tener que abandonar la residencia juvenil, con escasas posibilidades de retorno a su familia biológica, le ocurrió algo extraordinario: encontró unos nuevos "padres". Juan María y Nuria, un matrimonio con dos niños que hoy tienen 12 y 8 años, se ofrecieron para acogerla. Llegaron de la mano de Rosa Henar, profesional encargada del Programa de acogimiento familiar de Cruz Roja en Segovia. "Cuando era pequeña –recuerda– no quería ni ver a las de Servicios Sociales. Cada vez venía una nueva, y tenía que contar las cosas desde el principio; ade- ➤

> más, sentía que eran ellas las que nos habían separado de nuestros padres, aunque ahora sé que era por nuestro bien. Hoy, Rosa Henar es una amiga más para mí".

En este último acogimiento, Arancha era ya muy consciente de la suerte que significaba que una familia le abriera su casa, "porque no es lo mismo recibir a un niño pequeño que a una adolescente en la edad del pavo, así que sabía que tenía que comportarme bien". Desde los primeros encuentros y las primeras salidas, en fines de semana, le gustó la familia. Nunca había contado con la presencia de un padre, y también le hacía feliz tener dos hermanos más. Salir un fin de semana de picnic o sencillamente comer todos juntos en una mesa, "cosas normales de las familias", le parecía un lujo.

Juan María y Nuria vaciaron una habitación de su casa, y allí se instaló Arancha. "Al principio la dejé tal y como estaba; luego les fui diciendo que si podía poner mis cositas, mis cintas en orden, mis peluches... Y él me dijo: "¿Qué te parece si ponemos unas estanterías?" "Vale", le contesté. "Y, ¿quieres poner una mesita para dibu-



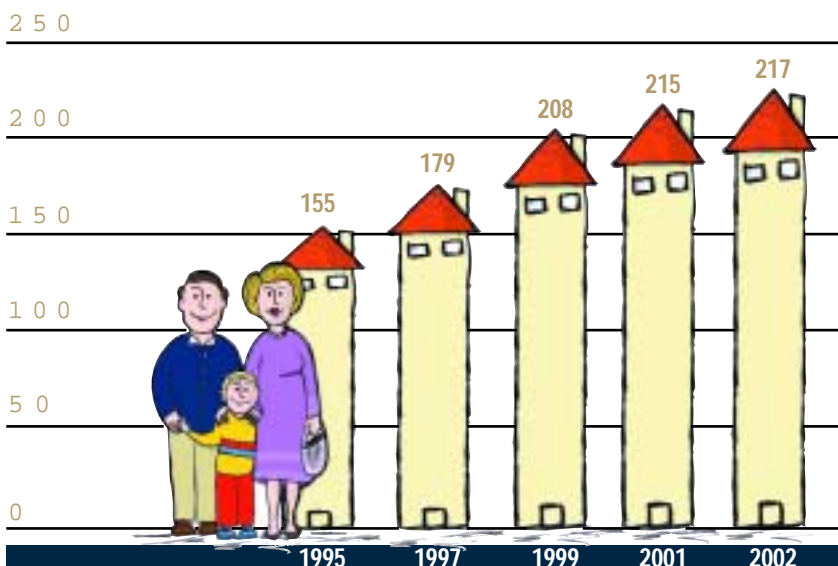
jar?" "Pues vale". Y así. Ellos siempre me dicen que qué te parece esto o lo otro, no me dan órdenes, y eso me gusta". Se quedó sorprendidísima el día de la primera discusión, cuando, en lugar de darle voces, le sentaron en el sofá y le fueron diciendo, suavemente, que "esto no podía ser por esto y por esto". Dice que en estos años de convivencia ha aprendido a ser más educada y a hablar mejor,

"aunque sigo teniendo mi carácter. Para eso estoy aquí, para aprender y madurar. He avanzado, pero todavía la vida me está enseñando".

A veces, Arancha pone gesto serio y determinado, y parece una chica mayor. Otras, la duda le asalta y sus ojos se extravían, como una niña que no conociera las respuestas adecuadas. "No sé, a veces es como si volviera a mi infancia. Hay cosas que no he tenido y que he querido tener, y las estoy teniendo ahora", comenta. Y cuenta que tiene el techo de su habitación cubierto de estrellas que brillan en la oscuridad, para no temer la noche. O que guarda un osito rosa, que la ha acompañado allá por donde ha ido, junto a sus cintas de música: "me gusta el flamenco porque, cuando estoy triste, pongo canciones, pienso y lloro, y, cuando estoy

**"PARA ESO ESTOY AQUÍ,
PARA APRENDER
Y MADURAR. HE AVANZADO,
PERO TODAVÍA LA VIDA
ME ESTÁ ENSEÑANDO"**

EVOLUCIÓN DEL PROGRAMA DE ACOGIMIENTO FAMILIAR (NÚMERO DE NIÑOS ACOGIDOS EN FAMILIAS QUE NO SON LAS SUYAS)



alegre, bailo y me divierto". A ratos, agarra el lápiz, las ceras, las acuarelas o las témperas, sale a la calle y dibuja lo que sea; sobre todo, caballos, su animal preferido. "En el colegio siempre era igual: plástica, sobresaliente; gimnasia, sobresaliente; lengua, bien, y matemáticas, sociales e inglés, suspensa -cuenta-. Desde pequeña ponía siempre la misma excusa, que era por el problema de mis padres, pero es que soy muy vaga, no me gusta estudiar".

Buena parte de la tarea de Juan María y Nuria ha sido animarla a encontrar una profesión que le guste. En estos años ha estudiado arte, ha trabajado en una fábrica, ha plantado árboles, ha sido camarera... ahora está a

UNA SENSIBILIDAD ESPECIAL

Juan María, el padre de acogida de Aranzazu, atribuye a "un defecto de familia" su interés por este programa social. Ha sido el pequeño de una familia de ocho hermanos en la que eran invitados frecuentes los niños del orfanato, "en aquellos tiempos en los que no se hablaba de residencias juveniles", recuerda. Su pareja, Nuria, comparte con él ese espíritu, que les mueve no a tener más hijos –ya tienen dos– sino a ayudar a los hijos de otros.

Cuando se apuntaron al programa de acogimiento pensaban en un niño de menos años, pero apareció Arancha. "Sabíamos que no era fácil, porque con 17 años se tiene el carácter bastante formado. Todavía puede avanzar y madurar más, pero sí que hemos visto que ahora está dispuesta a pagar algo por su futuro, a trabajar y confiar en él, algo que antes no ocurría", subraya.

En su opinión, lo que comparte la gente que entra en el programa de acogimiento es una sensibilidad especial por los temas sociales, una actitud "que parte de la sociedad contempla como una hazaña y otra parte, como una locura". Considera que en este tema no se puede hablar de éxito o de fracaso porque, aun en el caso de que el menor se vaya después de pocos meses, siempre habrá evolucionado y aprendido algo.

"Desde luego –concluye– en el acogimiento no te mueve el interés económico, ya que con la compensación que recibes hasta que tienen 18 años no pueden cubrirse ni los gastos ni, por supuesto, el trabajo, tiempo y cariño que conlleva ser padres. La mayor satisfacción que puedes recibir es que la persona mejore, que su vida cambie y tenga una oportunidad".

punto de iniciar un módulo de formación para trabajar en granjas de caballos, como mozo de cuadras. "A mí me gusta ir probando, no me veo sentada en una mesa, tengo que estar en movimiento todo el rato". Cuando le entra el agobio piensa que ya es mayor, y que es un estorbo, "aunque para ellos no lo eres, porque ellos te lo dicen, no lo eres, puedes estar aquí el tiempo que quieras, y cuando salgas tiene que ser con un trabajo, dinero y, si es con familia, mejor", explica. Por ahora, disfruta de esta nueva familia, que hasta le ha traído una abuela, de la que está especialmente orgullosa, porque es la primera abuela a la que de verdad ha tenido oportunidad de conocer y querer. Con gestos sencillos porque, como dice, "el cariño tú lo notas, no es cuestión de que te den todo el rato achuchones. Basta con que te hablen, te ayuden y te hagan participar de las cosas de la familia, como si fueras hijo propio".

Sabe que es una joven como tantas otras, como sus amigas, aunque tiene algo distinto, algo especial en su vida, que le ha enseñado a aceptar las cosas, pero sin rendirse. A sus amigas les gusta



"SABES POR QUÉ LE HAS ACOGIDO: NECESITA CARIÑO Y QUE LE AYUDES PARA QUE NO SE HUNDA Y SALGA ADELANTE"

que hable de su historia con naturalidad, y a ella le gusta sentirse aceptada tal como es. Cuando alguien le hace daño con algún comentario lo atribuye al desconocimiento: "hay gente para todo, gente que no sabe lo que es un acogimiento y lo confunde con la adopción, o, lo que es peor, que desconfía de nosotros, tal vez porque no se ha puesto nunca en el lugar del otro para intentar comprenderle", apunta.

Cuando esté preparada, dice, quiere acoger por lo menos a un niño. "Es que no es solidaridad –asegura–, es cariño. Es que ves un niño mal y te encariñas, como cuando los niños ven a un perrito". Ahora colabora en el cuidado de un pequeñín de siete meses que Juan María y Nuria han acogido también en su casa, y le encanta. Con este pequeño se ha dado cuenta de la gran fuerza de voluntad que hace falta para acoger a un niño, sabiendo que lo pasará mal el día que, si todo sale bien, pueda volver con su familia biológica. "Pero tú sabes por qué le has acogido: porque necesita que le des cariño, que le ayudes para que no se hunda solo, para que pueda seguir adelante". ■